

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

El Proemio a “de medicina”, de A. Cornelio Celso

Claudia Chuaqui Farrú

Licenciada en Filosofía con mención en Lenguas Clásicas

Programa de Estudios Médicos Humanísticos

Pontificia Universidad Católica de Chile

Tal como la agricultura promete el alimento a los cuerpos sanos, así la Medicina, la salud a los enfermos. Esta existe por cierto en todas partes, ya que hasta los pueblos más ignorantes conocieron hierbas y otros preparados para el auxilio de heridas y enfermedades. Sin embargo, ha sido cultivada bastante más entre los griegos que en el resto de las naciones, y entre estos ni siquiera desde un primer comienzo, sino pocos siglos antes que nosotros, ya que ciertamente Esculapio es celebrado como la más antigua autoridad. Este fue contado en el número de los dioses por haber cultivado un poco más sutilmente esta ciencia aún ruda y vulgar. Después, sus dos hijos, Podalirio y Macaón, habiendo seguido al jefe Agamenón en la guerra troyana, prestaron no poca ayuda a sus compañeros de armas. Homero contó, sin embargo, que estos dieron algo de auxilio no en la peste (1) ni en los variados géneros de enfermedades, sino que solían sanar solamente las heridas con el hierro y medicamentos (2). De donde se hace evidente que solamente estas partes de la Medicina fueron ejercidas por ellos, y que ellas son las más antiguas. Por el mismo autor, en verdad, se puede saber que las enfermedades eran atribuidas en ese entonces a la ira de los dioses inmortales y que de ellos mismos se solía pedir ayuda, y es verosímil que en ese entonces muchísimos, por cierto, murieran por enfermedades, ya que no había remedios para la salud adversa, y que, sin embargo, por lo general, esta fuera buena gracias a las buenas costumbres, que ni la desidia ni la lujuria habían viciado, pues sin duda estas dos han afligido a los cuerpos antes en Grecia y luego entre nosotros, y por esta razón esa medicina múltiple, innecesaria en otro tiempo y entre otros pueblos, conduce apenas a algunos de nosotros a los comienzos de la vejez. Por lo tanto, aun después de los que he mencionado, ningún varón ilustre ejerció la Medicina, hasta que la disciplina de las letras comenzó a ser cultivada con mayor dedicación; esta, así como es necesaria para el espíritu por sobre todas las cosas, asimismo es enemiga del cuerpo. La ciencia de la salud era considerada originalmente parte de la filosofía, de manera que tanto la cura de las enfermedades como la contemplación de la naturaleza nacieron entre las mismas autoridades; a saber, entre los que la buscaban con mayor afán, los cuales habían debilitado la fuerza de sus cuerpos con una meditación inquieta y la vigilia nocturna (3). Y por esto sabemos que muchos de los filósofos fueron expertos en ella, siendo los más famosos, por cierto, entre ellos, Pitágoras, Empédocles y Demócrito. Pero Hipócrates de Cos, discípulo de este -como algunos han creído-, el más digno de ser recordado y un varón insigne tanto por su habilidad como por su facundia, separó esta disciplina del estudio de la filosofía. Después de él, Diocles de Caristo, luego Praxágoras y Crisipo, por último Herófilo y Erasístrato ejercitaron este arte, de manera que también hicieron progresos en diversos métodos de curación. Y en esa misma época la Medicina fue dividida en tres partes, de manera que una era la que curaba mediante la dieta, la segunda, mediante los medicamentos, y la tercera, mediante la mano. A la primera llamaron los griegos *Diaitikhv* (*diaitike*, 'dietética'), a la segunda *Farmakeutikhv* (*pharmakeytike*, 'farmacéutica') y a la tercera *ceiourgiva* (*kheiroyrgía*, 'cirugía'). Por otra parte, los autores lejos más ilustres de esa rama que cura las enfermedades mediante la dieta, tratando de examinar aun más profundamente ciertas cosas, reclamaron para sí también el conocimiento de la naturaleza, puesto que sin él la Medicina quedaría como trunca y

debilitada. Después de estos, Serapión, el primero de todos, la fundó solamente en la práctica y la experiencia, declarando que esa disciplina racional no atañía en absoluto a la Medicina. Siguiendo a este, Apolonio, Glaucias, un poco después Heráclides de Tarento y algunos varones no mediocres se llamaron a sí mismos 'empíricos', de acuerdo con su propia doctrina. Así, esa medicina que cura mediante la dieta también fue dividida en dos partes, reclamando para sí los unos un arte racional, y los otros, la práctica solamente (4), pero sin que, después de los comprendidos arriba, nadie se ocupara de nada, salvo de lo que había recibido por tradición, hasta que Asclepiades modificó en gran parte el modo de curar. Entre los sucesores de este, aun Temisión mismo cambió recientemente ciertas cosas en su vejez (5). Sin duda, gracias en especial a estos hombres prosperó esa profesión saludable para todos.

Por otra parte, ya que de las tres ramas de la Medicina, tanto la más difícil como la más famosa es la que cura las enfermedades mediante la dieta, ha de hablarse ante todo de esta. Y puesto que hay una primera disensión en esto -a saber, que mientras unos opinan que solo el conocimiento de las experiencias les es necesario, los otros proponen que la práctica no es suficientemente eficaz si no se tiene un conocimiento seguro de los cuerpos y de las cosas-, es preciso exponer las principales opiniones de ambas partes, para que así podamos también nosotros exponer más fácilmente la nuestra. Así, pues, los que profesan la medicina racionalista, afirman que es necesario el conocimiento de las causas ocultas que envuelven a las enfermedades; luego, el de las causas evidentes; después de estas, también el de las acciones naturales y, finalmente, el de las partes internas.

Llaman causas ocultas a aquellas en que se busca de qué principios se compone nuestro cuerpo, qué causa nuestra buena o mala salud. Creen, pues, que es imposible que aquel que ignora de dónde provienen las enfermedades pueda saber cómo conviene curarlas. Tampoco dudan de que sean necesarios tratamientos distintos si de los cuatro principios (6) provoca la mala salud algo que sobra o algo que falta, como algunos filósofos han dicho: un tratamiento, si toda la deficiencia está en los humores, como pensó Herófilo; otro, si está en el aire, según creyó Hipócrates; otro, si la sangre se transfunde a las venas que son apropiadas para el aire y suscita una inflamación, que los griegos llaman *jlegmovnh* (*phlegmóne*, 'inflamación'), y esta inflamación produce un movimiento como el que hay en la fiebre, según le pareció a Erasítrato; otro, si los corpúsculos que salen a través de los poros invisibles cierran, al detenerse, el paso, como afirmó Asclepiades: aquel que haya acertado en el primer origen de la causa aplicaría el tratamiento correcto. Sin embargo, no niegan que la práctica también sea necesaria, pero según ellos ni siquiera a esta se ha podido llegar si no es partir de un cierto razonamiento. En efecto, los antiguos no daban cualquier cosa a los enfermos, sino que pensaban qué convenía más, y por medio de la práctica ensayaban aquello a lo cual los había llevado antes una cierta conjetura. Y sostienen que no interesa que la mayoría de los remedios ya esté actualmente explorada, si, por otra parte, cada año se encuentran otros nuevos, y que no hay que decir que los antiguos usaran solo de la experiencia, ya que partieron de una reflexión, y que esto se da así en muchos casos. Afirman, por otro lado, que frecuentemente se dan también nuevos géneros de enfermedades sobre las cuales la práctica hasta aquí nada ha descubierto; por eso es necesario advertir de dónde se originan, sin lo cual ningún mortal podría descubrir por qué debe usarse esto más que aquello. Por este motivo buscan las causas ocultas.

Pero llaman evidentes a las causas en las que se indaga si fue el frío o el calor, el hambre o la hartura y cosas parecidas lo que ocasionó la enfermedad. Dicen, en efecto, que resistirá el mal aquel que no desconozca su origen. Por otra parte, llaman acciones naturales del cuerpo a aquellas mediante las cuales inspiramos y espiramos, por las que tomamos y digerimos la comida y la bebida, y asimismo a aquellas por la que esto mismo es distribuido a todas las partes de los miembros. También tratan de averiguar por qué nuestras venas ora se hundan, ora se levantan; cuál es la explicación del sueño y la vigilia; piensan que nadie puede ni resistir ni sanar las enfermedades que se producen en relación con esto, sin el conocimiento de esas cosas. De estas acciones naturales les parece que la que más importa es la digestión; por eso le prestan a ella mayor atención. Unos, siguiendo a Erasístrato, afirman que la comida es triturada en el estómago; otros, siguiendo a Plistónico, discípulo de Praxágoras, que se pudre; otros creen con Hipócrates que los alimentos son digeridos por medio del calor; y se suman los émulos de Asclepiades, que piensan que todas esas cosas son vanas y superfluas: pues, según ellos, así como la materia ha sido ingerida, del mismo modo es distribuida cruda en todo el cuerpo. Y en estas cosas hay ciertamente poco acuerdo entre ellos; sin embargo, convienen en que se deben dar comidas diferentes a los enfermos según qué cosa sea verdadera: si la comida es triturada dentro, debe dársele al enfermo la que pueda ser triturada más fácilmente; si se pudre, aquella en que esto es más expedito; si el calor la digiere, aquella comida que más calor produce. Pero si nada se digiere, no es necesario averiguar nada de esto, sino que deben ingerirse las cosas que duran más en el estado en que fueron ingeridas. Y por la misma razón, cuando la respiración es dificultosa o cuando el sueño o la vigilia perturban, piensan que quien puede sanar es aquel que antes ha entendido cómo suceden esas cosas.

Además, piensan que, como los dolores y los variados géneros de enfermedades nacen en las partes interiores, nadie que las desconozca puede aplicarles remedios. Dicen, por lo tanto, que es necesario hacer incisiones en los cuerpos de los muertos y escudriñar sus vísceras e intestinos, y que quienes lo hicieron lejos mejor fueron Herófilo y Erasístrato, que hicieron incisiones a criminales recibidos vivos de la cárcel de manos de los reyes, y observaron, mientras aún respiraban, lo que antes la naturaleza les había ocultado, y su posición, color, figura, tamaño, colocación, dureza, suavidad, tersura, relaciones, y además el avance y retroceso de cada una de ellas, y si alguna se inserta en otra, o si alguna recibe en sí parte de otra. Sostienen, pues, que cuando hay un dolor interno, quien no conoce qué parte o qué víscera o intestino es, no puede saber qué parte duele, ni tampoco puede curar lo que no está sano quien ignora qué es; y, según ellos, cuando las vísceras de alguno quedan expuestas a través de una herida, aquel que ignora el color de cada parte sana no puede saber qué está indemne y qué está dañado, y que así ni siquiera puede aliviar las partes alteradas. Ellos dicen que aplican mejor los remedios externos los entendidos en las posiciones y figuras de los interiores, y conociendo la magnitud de estos; y que en todo lo expuesto anteriormente se puede razonar en forma similar. No les parece cruel, como afirma la mayoría, buscar remedios para los pueblos inocentes de todos los siglos mediante sacrificios de hombres criminales, y de estos, además, pocos.

Por otro lado, aquellos que por basarse en la experiencia se denominan a sí mismos "empíricos", admiten como necesarias, sin duda, las causas evidentes, pero afirman que la búsqueda de las causas ocultas y de las acciones naturales es superflua porque la naturaleza no es comprensible. Según ellos, a partir del desacuerdo que hay entre los que de estas cosas han discutido, queda en evidencia que la naturaleza no puede ser comprendida, ya que ni los filósofos ni los médicos

mismos han llegado a un acuerdo sobre esta materia. En efecto, ¿por qué debería alguien creerle más bien a Hipócrates que a Herófilo, o a este último antes que a Asclepiades? Piensan que si uno quiere guiarse por los razonamientos, todos pueden parecer probables, y que, si uno quiere guiarse por los tratamientos, los enfermos han sido curados gracias a todos ellos. Opinan que de este modo, no se debió restar crédito ni a la argumentación ni a la autoridad de nadie. Dicen que hasta los filósofos podrían ser los más eminentes médicos, si esto dependiera del raciocinio: sin embargo, aquellos sobreabundan en palabras, pero desconocen la ciencia de sanar. Opinan también que los géneros de medicina difieren de acuerdo con la naturaleza de los lugares, y que uno se necesita en Roma, otro en Egipto, y otro en Galia, pero que si estas causas -que serían las mismas en todas partes- produjeran las enfermedades, también en todas partes debieran existir las mismas enfermedades. Piensan que también frecuentemente las causas son evidentes, como por ejemplo una oftalmía (7) o una herida, pero que a partir de estas no se revela la medicación. Según ellos, si la causa evidente no sugiere el conocimiento, mucho menos puede sugerirlo la que es dudosa. Puesto que la causa, dicen, es incierta e incomprensible, debe recurrirse a las que son ciertas y a las que ya han sido exploradas, esto es, a las que la experiencia ha enseñado en los tratamientos mismos, así como en el resto de las artes. Ellos piensan que ni un agricultor ni un gobernador llegan a ser tales mediante el razonamiento, sino mediante la práctica. Y opinan que se puede deducir que esas ideas en nada conciernen a la Medicina, del hecho de que quienes han diferido en esto, no obstante han sanado igualmente a los hombres; dicen que lo lograron no porque hayan deducido el método curativo a partir de las causas ocultas o de las acciones naturales, las cuales eran diversas entre ellos, sino de los experimentos, conforme los enfermos habían respondido a cada uno. Ellos dicen que la Medicina, ni siquiera en sus inicios, fue deducida a partir de esas investigaciones, sino que a partir de los experimentos: pues creen que de los enfermos que no eran atendidos por algún médico, unos comían por su avidez inmediatamente ya en los primeros días, mientras que otros se abstenían por fastidio; y la enfermedad de los que se habían abstenido era más aliviada. Y dicen que asimismo unos comieron algo durante la fiebre misma, otros, después que ya había desaparecido, y que resultó mejor en este último caso; por esta misma razón, unos se saciaron inmediatamente al principio, otros comieron poco: se agravaron, en efecto, quienes se habían saciado. Según ellos, como este tipo de cosas sucedía a diario, los hombres diligentes notaron qué cosas daban generalmente mejor resultado y después comenzaron a prescribirlas a los enfermos. De este modo nació, dicen, la Medicina: discerniendo sucesivamente, por la salud de unos y la muerte de otros, lo dañino de lo saludable.

Después de encontrados ya los remedios, dicen, los hombres comenzaron a discutir sobre sus razones; la Medicina, según ellos, no fue inventada después del razonamiento, sino que, una vez inventada esta, se buscó el razonamiento. Ellos también se preguntan si el razonamiento enseña lo mismo que la experiencia o si enseña otra cosa: si enseña lo mismo, entonces dicen que es superfluo; si enseña otra cosa, entonces aun contrario. Sin embargo, agregan, en primer lugar debieron ser explorados los remedios con sumo cuidado; ahora ya están explorados, y ni se encuentran menos géneros de enfermedades ni se requiere una nueva medicina. Según su opinión, aun si se presenta alguna enfermedad desconocida, no por ello el médico habrá de ponerse a meditar sobre asuntos oscuros, sino que deberá ver inmediatamente a qué enfermedad se parece esta nueva; luego deberá ensayar remedios similares a los que con frecuencia aliviaron una enfermedad semejante, y a través de esta similitud encontrará ayuda. Y no dicen ellos, en efecto, que el médico no necesite de la razón y que este arte pueda ser practicado por un animal

irracional, sino que estas conjeturas sobre las cosas ocultas no conciernen al asunto, ya que no interesa qué produce la enfermedad, sino qué la cura; ni atañe a la Medicina saber cómo algo es digerido, sino qué se digiere mejor, sea por una u otra causa; ni tampoco interesa si la digestión es tal o es solamente distribución. Ni tampoco se debe examinar cómo respiramos, sino qué alivia la respiración grave y lenta, ni qué mueve las venas, sino qué significa cada género de pulsación. Y esto se conoce mediante las experiencias. Y en todos los razonamientos de este tipo uno puede argumentar en favor de una u otra posición; así, ingenio y facundia vencen, pero las enfermedades no se curan con elocuencia, sino con remedios. Si alguien sin elocuencia sabe por la práctica discernir bien, será un médico mucho mejor que si, sin la práctica, ha perfeccionado su lengua.

Y piensan que las cosas de las que aquí se han hablado son solo superfluas: pero lo que resta es incluso cruel, a saber, el cortar el vientre y el pecho de hombres vivos y el que el arte que preside la salud humana ocasione a alguien no solo la muerte, sino además una muerte muy atroz, sobre todo cuando de estas cosas que se investigan con tanta violencia unas no pueden ser conocidas en absoluto, mientras que las otras pueden serlo sin necesidad de un crimen. Una vez cortado el cuerpo, el color, la tersura, la suavidad, la dureza y todo lo similar no permanecen tales cuales fueron cuando el cuerpo estaba íntegro, porque, aun estando ileso, a menudo, sin embargo, cambia por el miedo, el dolor, la inedia, la indigestión, el cansancio y miles de otras afecciones menores, y es mucho más verosímil que las partes internas, en las que es mayor la suavidad y hasta la luz misma es nueva, cambien a causa de las gravísimas heridas y de esta carnicería. Y no hay nada más insensato que pensar que cada cosa es igual en un hombre vivo que en uno que está muriendo, y aun más en uno que ya está muerto; el vientre, en efecto, que es menos importante en este asunto, puede ser abierto mientras el hombre todavía respira; pero el hombre pierde la vida tan pronto como el hierro llega al pecho y ha sido cortado el septo transversal, que es una cierta membrana que divide las partes superiores de las inferiores (los griegos la llaman *diavjragma* (*diáphragma*, 'diafragma'): así, es inevitable que el pecho y las vísceras que se presentan a la vista del médico asesino sean los de un muerto y no los de un vivo. Y así, el médico consigue matar cruelmente a un hombre y no enterarse de cómo tenemos las vísceras los vivos. Pero si hay algo que pueda ser observado mientras el hombre aún respira, esto lo ofrece a menudo la ocasión a los que lo están curando. En efecto, a veces un gladiador en la arena o un soldado en la batalla o un viajero atacado por ladrones es herido de tal forma que queda al descubierto esta o aquella parte interior en uno u otro; un médico prudente conoce de esta manera el asiento, la posición, el orden, la figura y otras cosas similares, procurando no su muerte, sino su salud, y esto que otros aprenden mediante una horrenda crueldad, él lo hace con misericordia. Por esto, ni siquiera es necesaria la disección de los muertos (la cual, aunque no es cruel, sin embargo, es deshonrosa), porque la mayoría de las cosas en los muertos se halla alterada; pero cuanto puede conocerse en los vivos, la curación misma lo muestra. Puesto que estas cosas han sido a menudo tratadas por los médicos en muchos volúmenes y grandes discusiones, y lo seguirán siendo, conviene agregar cuáles pueden aproximarse más a la verdad. Estas ni concuerdan totalmente con una u otra opinión ni tampoco se apartan demasiado de ambas, sino que ocupan un lugar intermedio entre diversos pareceres: lo cual puede advertirse en la mayoría de las controversias que buscan la verdad sin ambición, como en este asunto mismo. Pues, en fin, ni siquiera los filósofos comprenden por conocimiento, sino que indagan por conjetura cuáles son las causas que procuran la salud y cuáles las que provocan las enfermedades, de qué modo se respira y de qué modo se distribuye alimento. Ahora bien, si no

hay un conocimiento cierto de algo, una mera opinión acerca de él no puede encontrar un remedio cierto. Y es verdad que nada aporta más al método mismo de curar que la práctica. Por lo tanto, aunque hay muchas cosas que no pertenecen propiamente a un determinado arte, sin embargo, le sirven estimulando el ingenio del artífice; y así, también la contemplación de la naturaleza, aunque no forma al médico, no obstante, lo hace más apto para la Medicina y lo perfecciona. Y es verosímil que Hipócrates y Erasístrato y todos los que, no satisfechos con ocuparse de fiebres y úlceras, han indagado además en cierto grado la naturaleza, no por esto fueron médicos, sino que por esto, entre otras cosas, llegaron a ser mejores médicos. Pero el razonamiento es necesario para la Medicina, si bien no acerca de las causas ocultas y de las acciones naturales, sino que con frecuencia acerca de la curación de las enfermedades que se han originado por causas evidentes, pues este arte es conjetural. Y a menudo no responden a él ni la conjetura ni la experiencia; a veces ni la fiebre ni el apetito ni el sueño se dan como de costumbre. A veces también la enfermedad misma puede ser nueva, aunque eso es más raro. Es manifiestamente falso que no pueda presentarse una nueva enfermedad; en efecto, en nuestro tiempo hubo una dama, casada con un caballero romano, la cual murió en pocas horas, cayéndosele y secándosele de tal modo la carne de sus partes naturales que ni los más conocidos médicos encontraron ni el género del mal ni su remedio. Yo creo que estos no intentaron nada porque ninguno quiso arriesgar una conjetura propia tratándose de una persona distinguida, para que no parecieran haberla matado si no la salvaban; sin embargo, es verosímil que se hubiera podido meditar en algo, dejando a un lado tal timidez, y quizás habría sido eficaz lo que alguien hubiera intentado. En este género de medicina la semejanza no siempre aporta algo, y si alguna vez lo hace, no obstante es razonable pensar a este respecto, en el caso de géneros similares de enfermedades y remedios, qué medicamento hay que usar preferentemente. En consecuencia, cuando esto sucede, el médico debe encontrar algo que también pueda ser eficaz; y si no siempre eficaz, a lo menos muy a menudo. Buscará, con todo, cada método nuevo no a partir de las cosas ocultas (pues esas son dudosas e inciertas), sino de esas que pueden ser investigadas, esto es, de las causas evidentes. Pues importa si causaron la enfermedad la fatiga o la sed, el frío o el calor, la vigilia o el hambre, la abundancia de alimento y vino o la intemperancia en la pasión. Tampoco es conveniente que el médico ignore cuál es la naturaleza del enfermo: si su cuerpo es más bien húmedo o más bien seco, si sus nervios son fuertes o débiles, su mala salud frecuente o rara, y si el mal, cuando se produce, suele ser intenso o leve, breve o prolongado; qué género de vida ha llevado, si laborioso o descansado, si lujoso o frugal; pues a partir de estas cosas y otras similares debe deducirse a menudo un nuevo método de curar.

Aunque tampoco uno debe pasar por estas afirmaciones como si no pudieran recibir ninguna objeción. Pues también Erasístrato dijo que las enfermedades no se producen por esas causas, ya que personas diferentes e incluso las mismas, en diferentes ocasiones, no tenían fiebre después de ellas; y algunos médicos de nuestro tiempo, bajo la autoridad de Temisón, como ellos mismos quieren que parezca, sostienen que el conocimiento de causa alguna sirva de algo para las curaciones, y que basta observar ciertas cosas comunes de las enfermedades. Pues de estas hay tres géneros: uno estrecho, el segundo fluido y el tercero mixto. Dicen que unas veces los enfermos excretan poco; otras veces, demasiado; otras, de una parte poco, de otra, demasiado, y que estos géneros de enfermedades ora son agudos, ora prolongados, y a veces se intensifican, otras se detienen, otras se atenúan. Por lo tanto, una vez que se ha reconocido cuál de estos casos se presenta, entonces, si el cuerpo está estreñido, debe ser relajado; si padece de diarrea, debe ser contenido; y si se tiene un mal mixto, debe combatirse enseguida el más intenso. Y las

enfermedades agudas hay que tratarlas de una forma, mientras que las crónicas, de otra; las que están en aumento, de una forma, las estacionarias, de otra, y de otra las que están ya desapareciendo. Según ellos, la Medicina consiste en la observación de estas cosas, y la definen así como una cierta vía que llaman *mevqodo* (*méthodos*, 'método'), y afirman que la Medicina debe observar las características comunes de las enfermedades. Y no quieren ni ser incluidos en el número de los racionalistas (8) ni en el de los que consideran las experiencias solamente, pues por su nombre disienten de aquellos en que niegan que la Medicina consista en la conjetura de las cosas ocultas, y de estos, en que piensan que hay poco de arte en la observación de las experiencias.

En lo que atañe a Erasístrato, en primer lugar la evidencia misma se opone a su opinión, ya que es claro que hay ciertas cosas que pueden provocar enfermedades, pues rara vez se produce una enfermedad si no es como consecuencia de alguna de estas cosas. En segundo lugar, no se deduce que lo que a una persona no afecta, o a la misma en una ocasión, no dañe ciertamente a otra, o a la misma en otro momento. En efecto, pueden permanecer ocultas ciertas condiciones en el cuerpo, causadas por una debilidad o afección, las cuales no existen en otro, o bien no existieron en otro momento, y que no han sido por sí mismas tan grandes como para suscitar una enfermedad, pero que, sin embargo, pueden hacer al cuerpo más propenso a otras afecciones. Pero si Erasístrato hubiera comprendido suficientemente la contemplación de la naturaleza, que los médicos esos reclamaron precipitadamente para sí, también habría aprendido que nada en absoluto sucede por una sola causa, sino que se toma por causa lo que parece haber contribuido principalmente. Ahora bien, una causa que actúa sola puede no perturbar, pero si lo hace juntamente con otras, puede perturbar muchísimo.

Hay que agregar a esto que ni siquiera el mismo Erasístrato -que afirma que se produce fiebre cuando se transfunde sangre a las arterias y que ello sucede en un cuerpo demasiado lleno- descubrió por qué, de entre dos personas igualmente repletas, una enfermaba mientras la otra quedaba libre de todo peligro, lo cual evidentemente acontece todos los días. A partir de esto se puede deducir que, aunque aquella transfusión es cierta, no obstante, ella no ocurre por sí misma cuando el cuerpo está lleno, sino cuando se añade alguna otra circunstancia.

Pero los discípulos de Temisión son aun más racionalistas que nadie, si consideran inamovible lo que aseguran. Pero si alguien no sostiene todo lo que uno de esos racionalistas aprueba, no necesita en seguida de otro nuevo nombre para su arte, puesto que -y esto es lo principal- no se apoya en la sola tradición, sino también en la razón. Si el arte medicinal admite apenas algunos preceptos inamovibles, lo cual está más cerca de la verdad, entonces ellos (9) son iguales a los que se basan en la sola práctica; tanto más, puesto que si la enfermedad ha constreñido o relajado a alguien, esto lo ve incluso el más ignorante: pero si se ha deducido de un razonamiento qué cosa relaja a un cuerpo constreñido y qué cosa constriñe a uno relajado, entonces el médico es racionalista: mientras que si se ha deducido a partir de una experiencia, es empírico, como debe reconocerlo el que niega ser racionalista. Así, según Temisión, el conocimiento de una enfermedad queda fuera del arte, y la Medicina, dentro de la práctica; y los metódicos no han añadido nada a la doctrina de los empíricos, sino que le han quitado algo, porque los empíricos observan muchas cosas, y estos, en cambio, solo las más fáciles y las más vulgares. Pues también aquellos que tratan el ganado y los caballos se apoyan solamente en las características comunes de las enfermedades, ya que no pueden enterarse de animales mudos de lo particular de cada

uno; y los pueblos extranjeros, como no conocen el sutil razonamiento de la Medicina, ven solo las características comunes; y quienes mantienen grandes hospitales, no pudiendo atender a cada enfermo con el máximo cuidado, recurren también a esas características comunes. ¡Por Hércules!, tampoco los médicos antiguos ignoraron eso, pero no se contentaron con tales conocimientos. Por eso también la más antigua autoridad, Hipócrates, dijo que, para curar, era necesario observar tanto las características comunes de las enfermedades como las particulares. Y ni siquiera los metódicos mismos logran en modo alguno ser consistentes dentro de su propia doctrina, puesto que hay diversos géneros de enfermedades que constriñen y que relajan; y esto se puede investigar más fácilmente en las que relajan. Una cosa es, en efecto, vomitar sangre, otra, bilis, y otra, comida; una cosa es padecer de diarrea, y otra, de disentería; una cosa es debilitarse por sudor, y otra, agotarse por una consunción. Y el humor irrumpe en los órganos, como los ojos y los oídos; ningún miembro del hombre está libre de este peligro. Ninguna de esas afecciones de trata igual que otra.

Así, en estos casos, la Medicina desciende directamente desde la observación común de una enfermedad de flujo a una contemplación particular. Y en esta ocasión, a su vez, también el conocimiento adicional de alguna particularidad es a menudo necesario, porque las mismas cosas no ayudan en todos los casos, aun en los similares; si bien hay ciertas cosas que en la mayoría de los casos ora estriñen ora sueltan el vientre. Sin embargo, se encuentran ciertas personas en las que una misma cosa actúa diferentemente que en las demás; en estas, por lo tanto, la investigación de características comunes es nociva, mientras que solo la de características particulares es saludable. Y la consideración de la causa a menudo soluciona también la enfermedad. Así, pues, Casio, el médico más ingenioso de nuestro tiempo, que aún vivía hasta hace poco, administró agua fría a uno que tenía fiebre y una gran sed, cuando, pasada la ebriedad, comenzó a sentirse oprimido; una vez que la bebió completamente, en seguida desapareció la fiebre mediante el sueño y el sudor, después de quebrada la fuerza del vino con la mezcla. Esta ayuda la previó el médico oportunamente no porque el cuerpo estuviera constreñido o relajado, sino de acuerdo con la causa que estaba detrás. Y según estas autoridades hay también ciertas particularidades en relación con el lugar y la estación: cuando ellos discuten cómo deben proceder los hombres sanos, prescriben evitar, sobre todo en los lugares y estaciones dañinos, el frío, el calor, la saciedad, la fatiga y la pasión; y descansar más en tales lugares y durante tales estaciones si uno se siente oprimido, y no perturbar el estómago con vómito ni el vientre con purgantes (10). Estas generalidades son, por cierto, verdaderas; sin embargo, descienden desde características comunes hasta otras particulares, a menos que quieran persuadirnos de que los sanos deben preocuparse, en verdad, del clima y la temporada del año, y no los enfermos; para estos toda precaución es tanto más necesaria cuanto más propensa a los ataques es la debilidad. Más aun, en los mismos hombres hay diferentes propiedades de una enfermedad. Y quien ha sido alguna vez tratado en vano por remedios favorables, se restablece a menudo por los contrarios. Y hay muchas distinciones en la prescripción de alimentos, de las cuales me contentaré con mencionar una sola. En efecto, soporta mejor el hambre un adolescente que un niño, mejor una persona bajo un cielo denso que bajo un cielo tenue, mejor uno en invierno que en verano, mejor cuando se está acostumbrado a una sola comida que además al almuerzo, y mejor cuando se hace ejercicio que cuando no se hace. Y a menudo es necesario adelantarse en darle comida al que no tolera la dieta. Por lo que deduzco que quien no conoce las características particulares, solo debe considerar las generales; pienso que quien puede conocer las particularidades no debe desatender

las características generales, sino que debe detenerse además en aquellas; y en caso de ser igual su ciencia, es más conveniente que el médico sea un amigo a que sea un extraño.

Por lo tanto, para volver a mi asunto, opino que la Medicina debe ser ciertamente racional, pero que debe instruirse de causas evidentes, descartando todas las causas ocultas, no en virtud de la reflexión del artífice, sino del arte mismo. Pienso, además, que es cruel y además superfluo el cortar los cuerpos de hombres vivos, pero sí creo que es necesario, para los que están aprendiendo, cortar el de los muertos; pues deben conocer la posición y el orden, los cuales muestra mejor un cadáver que un hombre vivo y herido. Pero además, en cuanto a lo restante, que solo puede aprenderse en los vivos, la práctica misma lo mostrará -un poco más lento, pero bastante más humanamente- en el tratamiento mismo de los heridos.

Propuestas ya estas opiniones, diré, en primer lugar, cómo conviene que actúen los sanos, y luego me referiré a lo que concierne a las enfermedades y sus tratamientos (11).

1 Cf. *Ilíada*. I, 43 y sig.

2 Cf. *Ilíada*. XI, 833

3 Aún hoy día es un prejuicio popular el que el trabajo intelectual intenso deteriore la salud. Este tópico tradicional aparece ya en Aristófanes, que presenta a Sócrates y a los sofistas como individuos pálidos.

4 Se refiere aquí a las corrientes de los "dogmáticos" y "empíricos".

5 Siendo Temisón el iniciador de la corriente de los "metódicos", él mismo cambió en su vejez algo de su propia doctrina.

6 Se refiere a los cuatro principios o elementos de Empédocles: fuego (asociado con lo caliente, la sangre, la primavera y el temperamento colérico); agua (asociada con lo frío, la flema, el invierno y el temperamento flemático); aire (asociado con lo seco, la bilis negra, el otoño y el temperamento melancólico); tierra (asociada con lo húmedo, la bilis amarilla, el verano y el temperamento sanguíneo).

7 Se refiere a las inflamaciones oculares, una de ellas frecuente en el Medio Oriente y causada por un virus: el del tracoma.

8 Se refiere aquí, como en otros pasajes que siguen, a la corriente que los historiadores de la Medicina denominaron después "dogmáticos" o, menos frecuentemente, "doctrinarios".

9 Es decir, los discípulos de Temisón, o sea, los metódicos.

10 Con esta medida se pretendía eliminar los humores considerados sobrantes.

11 Este último párrafo enlaza El Proemio con el resto de la obra.